

# 1

Allí va el tigre: don Juan siente al jaguar filtrarse entre los árboles del bosque ralo, pero en lugar de levantarse a espiarlo se queda tumbado bocarriba en su catre, sin zapatos ni sombrero, mirando el techo de su cueva en la oscuridad. Lo ha estado haciendo toda la noche, por periodos tan largos que siente no haber dormido nada, aunque por ratos se duerme. Se la ha pasado haciendo preguntas que él mismo responde, especulaciones acerca del mundo, la gente y el universo. Cuando se le viene a la mente una respuesta se le apaga el foco durante unos minutos y después se le vuelve a prender.

El canto de un sapo taladra la noche desde la otra orilla. El monte y las hojas están secos, hace calor. El jaguar llega al río y se embroca. Cuando termina de tomar agua se relame la trompa, levanta la cabeza y escucha: nada le llama la atención. Da la vuelta y sube la pendiente otra vez, husmeando, moviendo la cola.

A don Juan se le viene una respuesta: el mar es igual que la tierra. Por el mar corren ríos de agua que arrastran a los peces y a los barcos igual que en el cielo las corrientes de aire arrastran las nubes. Se duerme y vuelve a despertar. El sapo sigue cantando sin que haya variado el volumen ni el tono de su voz.

Daniel Monteros también está despierto en su cama, en un apartamento de la zona ocho. En su mente ensaya diferentes escenarios para ver si alguno le permite volverse a dormir. Se dice a sí mismo que está bien que Ana se vaya a estudiar al extranjero, pues eso le permitirá invitar a salir a Bárbara, su colega antropóloga de faldas blancas y piernas largas bien torneadas. Se dice a sí mismo que está mal, pues Ana se ha convertido en su media naranja y de una forma a veces reconfortante y a veces irritante se ha ido adueñando de todo lo que había de femenino en el apartamento y hasta en él mismo. Ya no se puede imaginar viviendo sin ella. Piensa que lo mejor tal vez sea ir a estudiar fuera él también, sacar un doctorado en el mismo lugar adonde Ana se vaya; seguirla, pero con el pretexto de una coincidencia de etapas en sus vidas profesionales.

Los escenarios se desbocan en su mente: encontrar algo bueno para presentar en el simposio de México, olvidarse de la antropología y dedicarse a la guitarra o a la fotografía, hacer un viaje en moto por Suramérica, escribir un libro sobre las raíces antropológicas de las poblaciones mesoamericanas y que se lo publiquen en una editorial académica de prestigio, postularse para decano de la facultad con la ayuda de Pipo y sus conecetes, poner un servicio de citas por internet para profesionales recién separados. Se queda dormido.

En su cama y de espaldas a su mujer, Pipo Guevara ronca bajo los efectos del par de octavos de guaro que se tomó en la tienda de la esquina con un amigo. Sueña que todavía es niño y su papá lo está regañando por haber ensuciado la pared del patio jugando pelota. Todo se pone negro. Cuando agarra color otra vez, Pipo viene entrando del trabajo. Es fin de mes y después de pagar todos los gastos ya no quedó ni un centavo para él y para Daniel. Desde la cocina le llega el olor a algo que su mujer está friendo, chiles rellenos, peruleros, ichintales migados o algo así. Siente un acceso de nostalgia al recordar los buenos tiempos cuando era profesor universitario, antes de hacerle caso a Daniel y poner juntos esa chifladura de centro de investigaciones antropológicas; los tiempos cuando todavía le daban un cheque seguro cada fin de mes. La imagen se difumina a grises veteados de rojo.

Dentro de un canasto tapado con un nailon azul amarrado en las puntas, la barbamarilla sueña que tiene la cabeza trabada en un hoyo en la tierra. Atrapó una taltuza y ahora, con el animalito peludo retorciéndosele entre los dientes bajo los efectos del veneno, ya no la puede sacar. Tampoco puede soltar a la taltuza, pues todos sus instintos se lo prohíben. La base de la cabeza ya le empezó a doler, justo donde siente las marcas de la horqueta que los humanos usaron para sostenerla cuando la agarraron, dos raspones blanquizcos sobre su piel escamosa veteada en diagonales romboides verde, café y beige.

Un chorro de estrellas se curva de Sur a Norte hasta desaparecer en el horizonte del cielo. El polvo fino se arquea como si estuviera dando vueltas alrededor de un centro imaginario, tal y como la Tierra da vueltas alrededor del Sol. El espacio por donde viajan las estrellas y la Tierra es de lo más frío que existe, pero el gran corazón de la Tierra es ardiente. Entre estos extremos de frío y calor la corteza terrestre se mantiene a una temperatura agradable, como si estuviera hecha de tajadas de queso que flotan en un plato de caldo hirviente; un caldo espeso y gelatinoso, como de palometa o jurel.

Estas tajadas de queso se mueven zarandeadas por los movimientos de la Tierra y por el hervor del caldo de su interior; rasgándose a veces, chocando unas con otras. Con cada vuelta que da la Tierra la tajada de queso sobre la que se asienta América del Norte se mueve media centésima de milímetro hacia el suroeste, haciendo cada vez más presión sobre la tajada que carga a las islas del Caribe. El río Dulce, donde don Juan y la culebra duermen, el tigre avanza y el sapo canta, queda cabal en la frontera entre estas dos tajadas y está ahora a punto de pasar de la sombra a la luz.

El amanecer encuentra a don Juan despierto. El aire de la madrugada refresca su nariz con cada inhalación, llenando sus pulmones de algo innombrable. En sus sienes una pesadez leve y fría hace que se le antoje una taza de café con bastante azúcar. Se sienta en su catre, se alisa las mechas blancas con las dos manos y se levanta. Hurga entre las piedras del fogón y sale a la pequeña planicie que queda frente a su cueva a buscar palitos secos.

Sentado en la grada de la puerta de su casa, Pipo se pone zapatos de fútbol. Dos amigos uniformados con la camiseta del Municipal y pantalonetas de diferentes colores pasan en una moto destartalada. Al verlo, uno de ellos agita los dedos en señal de que se apure. Pipo asiente, sonrío, mueve la cabeza. En su estómago siente la amargura del café y la liviandad de un pan dulce, y espera que esto le aguante hasta que regrese a su casa a desayunar como Dios manda.

Suena el despertador y Daniel lo apaga de un sopapo. Gira en la cama y levanta la cabeza. Ana tiene la suya tapada con la almohada. Sale de la cama tratando de no hacer ruido. Entra al baño y abre la llave izquierda de la regadera. Mientras espera a que el agua se caliente se mete a la artesa con cuidado para no tumbar los enseres de baño y cosméticos de Ana desperdigados por todo el borde. El agua comienza a echar humo. Daniel da el paso y se mete.

Regresa al dormitorio con la toalla enrollada en la cintura. Sonrío al recordar la anécdota que le acaba de contar un amigo. Una noche de juerga se fue a una pensión del centro con una prostituta. Cuando despertó al día siguiente la chica se había llevado todo; su ropa, su billetera, sus zapatos y hasta las sábanas de la cama; sólo había dejado una toalla olvidada en el baño. El amigo se la enrolló en la cintura y bajó a pedirle al encargado

que se la prestara para ir a su casa, a seis cuadras de allí, a traer el dinero para pagarle. El encargado le dijo que estaba bueno, pero que no fuera tan mula, que mejor se enrollara la toalla en la cabeza y se fuera caminando desnudo, así nadie lo reconocería. Daniel pone la toalla sobre la cama y se viste en silencio. Logra terminar de vestirse sin que Ana despierte y sube a hacer desayuno.

La percoladora borbota y el olor a café satura el espacio. Oye removerse la cama, los pasos de Ana encaminarse al baño, el chirrido de la llave, el rociado del agua. Se sirve café. Mientras echa cereal en un plato oye el repique desigual de la regadera. Se figura el agua bañando los pechos de Ana; rociando un brazo y después el otro; escurriéndose por su monte de Venus, su espalda y sus piernas. El aguacero tamborilea el plástico del gorro de baño. Daniel termina de comer, mete los trastos al fregadero y vuelve a bajar.

—¡Ciao, mi amor! —Nadie responde.

Saca del clóset un saco y sube otra vez. Al salir al garaje se tropieza con la escoba de colores; maldice y la recoge. Cierra la puerta, abre el portón, arranca su carro agrícola color ladrillo viejo y retrocede a la calle.

Pipo entra desnudo al baño de baldosas de cemento liso teñidas de amarillo y rojo. Mete el pie a la ducha con cuidado para no resbalarse ni pararse sobre las burbujas plásticas de champú usadas que dejaron tiradas su mujer y sus hijas. Aspira el olor familiar a drenaje y prende la regadera. El agua fría le sienta bien a su cuerpo acalorado. El entrenamiento estuvo alegre y hasta metió gol. Se le hizo tarde y ahora tiene que correr para llegar a la oficina, a la reunión que programaron con Daniel para las nueve. Mientras se baña tararea una canción.

Sentado en un banco improvisado bajo el toldo de nailon azul que puso como porche en la entrada de su cueva, debajo del cual tiene su estufa y una plancha de piedra que le sirve de mesa, don Juan le está dando los últimos tragos a su pocillo de café azucarado. Oye un ruido de madera contra piedra, madera contra madera y levanta la cabeza. Un cayuco se acaba de pegar a su muelle, pero sus ruidos no le alcanzan a decir de quién es. Tira su pocillo en un balde plástico y baja la ladera.

—Buenos días, don Juan—. Sentado en el cayuco viene un hombre con sombrero de petate y un remo en la mano. Después de saludar a don Juan mira hacia abajo.

—¿Qué tal, vos Chinto? ¿Qué te trae por aquí tan temprano?

—Es que ayer regresando de una cacería encontramos una barbamarilla allí cerca del nacimiento del crique. ¿La quiere ir a traer o mejor la matamos?

—¿Dónde la tenés?

—En un canasto, allá en la casa.

—A'i llevo por ella al rato. Sólo le voy a hacer una jaula antes. ¿De qué tamaño es?

—Dos metros.

Don Juan asiente, da la vuelta y sube la pendiente de vuelta a su cueva. Jacinto despega el cayuco del muelle y se aleja, sin despedirse también.

Calienta el sol. En ese momento el río Dulce no tiene nada de corriente. Jacinto llega al otro lado y remonta el río Lámpara pegándose lo más posible a la orilla. Se mete a la derecha en un crique techado de árboles. Atraca al pie de un sendero lodoso, se baja del cayuco y sube en dirección a su rancho, echándole al pasar una mirada al canasto cubierto de nailon azul amarrado de las puntas.

Malgastando energía, tratando de quemar su impaciencia, Daniel borra el tablero de la sala de conferencias de su oficina en el Centro de Investigaciones Mesoamericanas (CIM). Sobre la mesa ovalada un pocillo de cerámica lleno de café con leche despidе una lengüeta de humo que sube como bailarina oriental con los brazos en alto. Sale a espiar a la puerta y regresa; son las nueve y veinte, y Pipo no aparece. Ordena los papeles sobre la mesa, se sienta, se para y camina al tablero otra vez. Oye ruido en la puerta y la voz de Pipo bromeando con la secretaria, su risa chocarrera, sus pasos por el corredor.

Pipo acomoda y ordena sobre la mesa su taza de café negro con bastante azúcar, su libreta de apuntes y un bolígrafo plástico de color azul. Daniel se queda parado frente al tablero con un marcador en la mano, sosteniéndose la barbilla con la otra, moviendo la

cabeza. Por más que se esfuerza no logra disipar la nube de reproche que su colega se ganó por haber llegado con media hora de retraso. La ventana de la sala da al poniente y la poca luz los obliga a tener encendidas las lámparas de gas neón. Daniel aprieta los labios y mira a Pipo con fijeza.

—Hablemos de lo de México, que por lo visto no te interesa mucho.

—No, si a mí me parece una buena oportunidad y además no nos va a costar ni un centavo. El problema es qué vamos a hacer para no morirnos de hambre de aquí hasta que comencemos a ver los resultados. Vos, porque tu mujer trabaja—. Al terminar de hablar, Pipo levanta la cabeza en señal de reto y se le queda viendo a Daniel.

—Pues de todas maneras algo tenemos que hacer, hombre. No nos vamos a quedar con los brazos cruzados ni cerrar la oficina. Tampoco creás que Ana contribuye la gran cosa. Todo su dinero se lo gasta en su material de arte y sus babosadas, y sólo de vez en cuando compra algo de comida, pero de la que a ella le gusta: babosadas como tofu, retoños de soya, cosas que no me gustan a mí. Además, ahora anda con que se quiere ir a estudiar al extranjero.

—Pues tampoco cerrarla, pero tenemos que ver qué hacemos porque así no podemos seguir—. Daniel se queda pensando unos momentos antes de reaccionar con brusquedad.

—¡Tst! Ya aguantamos seis años, no vamos a aguantar tres meses más, hombre. Nos amarramos bien el cinturón—. Se pasea ida y vuelta frente al tablero.

—Vos porque no tenés hijos.

—¡No seás llorón! Ya hemos estado en estos trapos de cucaracha antes. Cuando uno menos se lo espera siempre cae algo.

—A propósito, vos Daniel; ayer me llamaron de la universidad. Quieren que dé unas clases este año. Les quedó mal un profesor, dicen. Yo les dije que estaba bueno, pero que primero tenía que hablar con vos.

Daniel se para en seco. Se quita la mano de la barbilla, baja los brazos, arruga el entrecejo y proyecta hacia afuera su labio inferior en forma exagerada. Mira por la ventana, respira hondo y se voltea hacia Pipo con una expresión dramática.

—¡Pues yo no soy quién para estarles quitando el pan de la boca a tus hijos! —Se ríen, Daniel con nerviosismo y Pipo soltando una risotada corta—. No, en serio. ¿De cuántas horas estaríamos hablando? ¿O es de tiempo completo?

—¡No, hombre! Si sólo me ofrecieron dos clases, de cinco a siete y media, o sea que podría estar aquí la mayor parte del día. No es la gran cosa, pero por lo menos es algo seguro.

—Dale, mano. Aceptá, que tendríamos casi todo el día para trabajar y aquí yo metería el hombro si fuera necesario.

—¡Como si hubiera tanto trabajo! ¿Entonces con lo de México qué hacemos?

—Pues hay que mandar una propuesta antes del veintiocho. Yo tengo varias ideas, pero la única que valdría la pena es aquella que hablamos el otro día, la de la colonización por agua. Lo malo es que están pidiendo algo concreto y no sólo ideas.

—También está lo de Piedra del Coyote.

—Nah, ese tema ya está demasiado resobado.

—¿Entonces? Tampoco nos podemos dar el lujo de desperdiciar el pasaje de avión, el hospedaje y la comida gratis. Dicen que el Museo de Antropología queda en un lugar bonito y ya me está haciendo falta una comida mexicana de verdad.

—Sí, habría que escribir algo de aquí al veintiocho. Si querés me echo yo la primera pasada. Vos, hablando de otro tema, ¿pagaste de una vez lo que trajeron de Servioficinas ayer en la tarde o lo dejaron al fiado?

Don Juan cruza la planicie frente a su cueva y se mete al monte con un costal vacío al hombro y su machete cuto en la otra mano. Mientras camina va recogiendo palitos y ramas delgadas que va echando entre el costal. Llega a un árbol de bejuco y hace un corte

horizontal a un metro del suelo. Arranca tiras de corteza jalando hacia arriba hasta que se revientan y las va enrollando en aros, que también echa dentro del costal. Cuando lo llena a la mitad baja de vuelta a su cueva, despacio y observándolo todo.

La luz del sol llega perpendicular, cegadora y brillante a la superficie del río Dulce. Q'eqchi'es remando en cayucos pequeños se zambuten los sombreros hasta las narices. La brisa no ha empezado todavía; las hojas de los árboles se alborotan bajo los soplidos de los chiflones termales, se miran puspas de luz. Música norteña sale de algún rancho y se amplifica sobre la superficie del agua.

En su mesa de piedra bajo el toldo de nailon azul don Juan le da los últimos retoques a una jaula rectangular de dos pies de largo y medio pie de ancho. Los lados están hechos de palitos delgados y la estructura de palitos más gruesos amarrados con tiras de bejuco verde amarillento. Uno de los extremos es abatible y sirve de puerta levadiza. Don Juan recorta las puntas de bejuco sueltas con un cuchillo filoso.

El aire en el ecuador se calienta, sube por la atmósfera hasta enfriarse, agarra hacia los polos donde se enfría más todavía y vuelve a bajar. En el hemisferio norte, el giro de la tierra hace que las masas de aire se desvíen hacia el suroriente y a principios de la tarde éstas terminan por ganarle el pulso a los vientos costeros de la mañana. El río Dulce se escama y se encrespa. Las crestas de las olas se ponen blancas al empuje de la brisa. Q'eqchi'es en cayucos de tronco de árbol levantan las cabezas para ver mejor y hacerse los quites de las olas más grandes, se agarran el sombrero con una mano y rápido la vuelven a bajar para seguir remando. Las hojas de los árboles revolotean.

Don Juan fríe rodajas de fruta de pan en un sartén sin mango. Se come una y luego otra, masticando despacio con su único colmillo. Las rodajas que le sobran, las envuelve en una hoja de plátano, las mete en un aparador desvencijado y cierra la puertecita dándole dos vueltas a un alambre para que no la pueda abrir un tacuazín o un perro. Mete la jaula y su machete cuto dentro del costal y baja en dirección al río.

Ana tiene el pelo todavía húmedo, agarrado en un moño que ha formado sobre su blusa de seda una mancha de un tono de gris más oscuro. Sube a la cocina, se sirve café, se sienta en el pequeño bar entre el comedor de la cocina y hojea la revista bimensual de la Rhode



Island School of Design. Se detiene en un artículo sobre la muestra de escultura de un conocido suyo, su ex novio más bien. Se termina el café, lleva la taza al fregadero y hace una mueca. Daniel dejó los trastos sucios otra vez. Mueve la cabeza y se pone a lavarlos.

Sentado en su escritorio, Daniel hojea el periódico. Llega a las tiras cómicas; las lee, y al terminar, sonrío. Suena el teléfono.

—¡Pablo! ¿Cómo estás? Qué gusto oírte. —Cierra el periódico y escucha con atención. Pablo es de sus amistades con más dinero y oportunidades.

—Pues allí, pasándola. Vos sabés cómo están las cosas. —Abre otra vez las primeras páginas del periódico, como buscando algo.

—Bien. Aquella está bien. Algo inquieta, estos últimos días—. Se pone serio; su expresión se suaviza y sonrío.

—¡Qué buena onda! Me parece una excelente idea, vos; gracias. Nos caería bien a los dos. Voy a hablar con aquella a ver qué dice. Ha estado algo rara, si no te diría que sí de una vez. ¿A qué horas estaríamos saliendo?

—Bueno. Entonces te llamo jueves, a más tardar. Te confirmo y de una vez me decís qué podemos llevar. Gracias, pero no, hombre; algo llevaremos. Cuidate, pues. Yo te llamo. Gracias—. Cuelga y se queda pensando.

Don Juan cruza el río Dulce de una orilla a otra. La borda de su cayuco sobresale un par de pulgadas del agua. Las olas alborotadas por la brisa lo levantan como si fuera un corcho. Sentado en el fondo y atento, don Juan no se moja. Llega al río Lámpara, lo remonta hasta el crique de Jacinto y se mete por el túnel de árboles. Encalla en la playa lodosa y busca entre los manglares hasta encontrar una rama lisa del grueso de su antebrazo. La recoge y camina despacio cuesta arriba, apenas tarareando una canción.

Descalza, despeinada, de blusa blanca con bordados de colores y un corte azul añil que le tapa desde la cintura hasta los tobillos, la mujer de Jacinto se asoma al umbral oscuro de la puerta del rancho. Responde con timidez al saludo de don Juan, se voltea hacia adentro y le habla a su marido en q'eqchi'. Aparece Jacinto y camina en dirección al canasto cubierto

de nailon azul. Al encontrarse con don Juan se saludan con gestos de cabeza y se aproximan.

Don Juan desamarra las puntas del nailon y lo retira poco a poco, dejando que la luz indirecta del porche del rancho hecho de rajas delgadas de madera con techo de palma, piso de tierra y un pequeño porche lo ilumine. Enroscada en el fondo, la barbamarilla lo mira con ojos como dos municiones. Don Juan se le queda viendo también y una sonrisa distiende apenas sus labios: la culebra está fría y sin ganas de moverse. Don Juan agarra el canasto y lo pone al sol.

En el garaje de su apartamento, Daniel se baja de su camioneta agrícola y abre la puerta de la casa—. Ya vine, Ana.

Oye ruidos suaves provenientes de la sala, pero nadie contesta. Cierra la puerta de acceso, entra a la cocina y se asoma. Ana está sentada en un taburete con un crayón de grafito en la mano. Sobre la pared de la sala hay pegados grandes pliegos de papel blanco sobre los que Ana ha dibujado trazos, que ahora retoca, figuras cónicas alargadas que parecen personas encapuchadas agrupadas en especie de familias.

—Hola, mi amor.

—Hola.

Ana no voltea su cara encendida por la concentración y por el esfuerzo. Su nariz pequeña y fina se dilata con cada aspiración, sus ojos mirando el papel con fijeza, parpadeando y chispeando mientras considera el siguiente trazo.

Daniel baja las tres gradas que van de la cocina a la sala. La cara de Ana se voltea en su dirección, pero ella no alcanza a mirarlo. Daniel le da un beso en la mejilla y sube otra vez. Husmea en la cocina, pero no huele a nada.

Con la rama gruesa en la mano, don Juan se inclina sobre el canasto mirando con fijeza a la barbamarilla. La culebra levanta la cabeza y la vuelve a bajar. Despacio, tratando de no incomodarla, don Juan mete la punta de la rama en la parte de abajo del cuello amarillo verdoso. A la culebra no parece importarle. Don Juan se cambia la rama de mano y agarra

la jaula con la otra. Como jugando, mete cada vez más la rama acercando su mano cada vez más también. Cuando llega a la garganta agarra a la barbamarilla del pescuezo y le sopesa la cabeza. A la culebra tampoco parece importarle. Don Juan acerca la entrada de la jaula, pone la cabeza sobre el piso de la puerta levadiza e inclina el canasto. Ondulando, la culebra se mete y don Juan cierra la puerta con dos vueltas de bejuco.

—Ai nos vemos, Chinto—. Don Juan baja la pendiente de vuelta a su cayuco, cargando la jaula en sus brazos como si fuera un bebé.

—Ai le dejé un par de mojarras en el cayuco, don Juan.

—Gracias.

Sentados frente al bar que divide el comedor de la cocina, Daniel y Ana almuerzan sándwiches de atún con mayonesa y rodajas de tomate y cebolla.

—Me llamó Pablo, hoy.

—¿Qué Pablo?

—Monroy, hombre. Aquel cuate de la universidad.

—Ah, ¿el fotógrafo?

—Ese mero. Dice que nos invita al río Dulce este fin de semana. Yo le dije que estaba bueno, pero que primero iba a ver qué decías tú.

Ana asiente despacio, pensativa, masticando y tragando sin voltearlo a ver.

Don Juan pone la jaula con la culebra hasta adelante del cayuco y su costal en medio, con las dos mojarras que Jacinto le regaló encima. Va contento, remando por el crique de vuelta al río Lámpara. Mira la jaula, sus ojos brillan.

Parado en la orilla lodosa, Jacinto lo ve alejarse hasta que desaparece entre los árboles. Sube la cuesta de vuelta a su rancho contento también, sintiendo que la culebra está en buenas manos.

Suena el teléfono. Daniel cierra el periódico y levanta el auricular.

—¿Sí ? ¡Pablo! Cabal estaba pensando llamarte. Habíamos quedado de hablarnos el jueves, pero yo ya hablé con Ana y dijo que encantada se venía—. Daniel escucha con atención, frunce el ceño, achina los ojos.

—¡Hijuela! Qué mala onda. ¿Y cómo te llevás con tu cuñado, mano?

—Pues qué lo siento, pero no tengás pena. Ya habrá otras oportunidades. Dale mis saludos a tu hermana.

—¡Ah, bueno! Si es así, nosotros vamos de todas maneras. Mi carro está bien, así que con todo gusto. ¿Cuánto le tenés que llevar?

—Si querés lo pongo yo y me lo reponés al regreso.

—En ese caso, pasame dejando las cosas aquí a la oficina o decime dónde puedo recogerlas.

—Como querrás. Si no estoy, preguntás por mi secretaria Lucrecia o por Pipo Guevara mi socio.

—Bueno, pues. Así quedamos. Te llamo al regreso. No va a ser lo mismo sin ustedes, pero me va a caer bien; nos va a caer bien, a los dos. ¿Cómo haríamos? ¿Tomamos una lancha en el puente o tu guardián nos llega a recoger?

—Pues muchas gracias, mano, muy fino de tu parte. Qué siento los problemas de tu hermana. Ojalá todo se arregle. Te hablo al regreso, entonces.

Las nubes han perdido su color. La Tierra concluyó su media pirueta. La tajada de queso de Norteamérica se movió tres centésimas de milímetro hacia el suroeste, prensando cada vez más a la placa del Caribe. Ésta tiene del otro lado a las placas de Cocos y Suramérica y, apresada entre las tres, quisiera zafarse, pero por la fricción no puede.

Cuando la presión se vuelve demasiado grande, las placas de Norteamérica y el Caribe se separan con un deslizamiento rápido y brusco, casi siempre por la grieta por donde corre el río Motagua, otras veces por la grieta por donde corre el río Polochic y algunas veces por

cualquiera de la telaraña de resquebrajaduras que, a fuerza de apretujones, se ha ido formando entre estas dos grandes tajadas de queso.

Don Juan junta fuego con palitos para freír las dos mojarras que Jacinto le regaló, con la idea de comérselas de cena acompañadas de fruta de pan recalentada. Se les queda viendo, relucientes, turgentes y hermosas, color gris rosa, y cambia de opinión. En vez de eso pone a refreír las tajadas de fruta de pan y les echa rodajas de tomate, cebolla y hojas de albahaca silvestre. Su pequeña cueva agarra olor a venta callejera de tostadas.

Después de comer, con el corazón contento, don Juan baja la pendiente llevando las mojarras en un plato de peltre descascarado, sobre el cual va también su cuchillo de mango hechizo. En la otra mano columpia su linterna vieja, alumbrando brochazos de monte ralo, paredes de una cabaña a medio construir y por último el óvalo de agua café amarillenta del río.

Se acuclilla en la orilla y se pone la linterna entre el hombro y la cabeza. Ensarta la punta del cuchillo en el ano de una de las mojarras y le hace un corte a todo lo largo del centro de la panza, hasta la quijada. Le mete los dedos dentro, saca las vísceras y las echa al río. Docenas de alevines y peces más grandes se acercan a comer con frenesí bajo la luz de la linterna. Repite la operación con la otra mojarra. Al terminar mete los dedos en una agalla, sostiene a la mojarra contra una piedra y con el filo del cuchillo le quita las escamas. Limpia la otra y desagua las dos en el río. Lava el plato y el cuchillo, acondiciona las mojarras dentro del plato y lo va a poner a la punta de su cayuco. Tira el cuchillo al fondo, se lava las manos, se alisa los mechones blancos y empuja el cayuco al agua.

Al llegar a medio río mira el cielo. El chorro de estrellas es un reguero de azúcar espolvoreado sobre el fondo de una enorme jícara color negro rata. Respira hondo y rema río abajo, tarareando.

*Te vas, ángel mío,  
ya vas a partir,  
dejando mi alma herida  
y un corazón a sufrir.*

A través de los barrotes de su jaula la barbamarilla mira el paisaje estático oscurecer y cierra los ojos. Echado en su madriguera el jaguar se remueve y se lame las patas. El sapo se aclara la garganta.